

GABRIEL RENE-MORENO

ESTUDIOS DE
LITERATURA BOLIVIANA



BIBLIOTECA DEL SESQUICENTENARIO
DE LA REPUBLICA

La Paz - Bolivia

MARIA JOSEFA MUJIA

EN LA CAPITAL DE BOLIVIA y en el seno de una familia distinguida existe solitaria y retirada una mujer, joven todavía y bella, cuyo talento y desgracia han llamado desde pocos años a esta parte la atención en aquella ciudad. Los periódicos de Sucre han publicado varias composiciones poéticas de esta joven, y la angustia y melancolía que respiran, han conmovido profundamente a todas las almas sensibles.

Nosotros vamos a dar a conocer algunos antecedentes sobre la poetisa boliviana, reproduciendo al mismo tiempo varias de dichas composiciones.

La historia de la señorita María Josefa Mujía, es corta y sencilla. Dotada de clara y precoz inteligencia, hizo en su infancia sorprendentes progresos en su educación y en el estudio de varios idiomas. Cuando se hubo retirado del colegio y principiaba a dedicarse con entusiasmo a la lectura y al estudio de las bellas artes, la muerte de su padre produjo en su alma el más profundo dolor causándole ese continuado llanto la pérdida absoluta de la vista a la edad de 14 años. Desde entonces principia para la joven una vida de lento martirio y de triste soledad, en que su existencia se consume poco a poco, agitada de vez en cuando por las desesperadas ansias de ver. La familia, que ha tratado en lo posible de dulcificar a la pobre

ciega sus infortunios, le ha facilitado los medios de continuar entretenimientos literarios, y su hermano Augusto, que llegó a ser objeto del más tierno cariño de la joven, era el lector unas veces y el escribiente otras en estos trabajos.

Así vivía la señorita Mujía, desconocida y olvidada, cuando un incidente vino a revelar al público su existencia y las penas de su corazón, y a que, almas generosas e inspiradas, le dirigiesen acentos de simpatía y consuelo. Augusto había hecho formal promesa a su hermana de no comunicar a nadie nada relativo a su secretaria literaria y es preciso agregar que, constantemente, había cumplido su promesa. Pero cierta vez, conmovido y entusiasmado con una composición titulada "La Ciega", la enseñó a un amigo, y éste consiguió retenerla algunos momentos para mostrarla a otro. El resultado de todo fue que al día siguiente "El Eco de la Opinión" aparecía insertándola en sus columnas, no sin sorpresa y disgusto de la familia Mujía. Héla aquí:

LA CIEGA

Todo es noche, noche oscura,
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente,
Del astro resplandeciente
Sólo siento su calor.
No hay nube que el cielo dora,
Ya no hay alba, no hay aurora
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento,
Ya no tienen lucimiento
Las estrellas en el cielo;
Todo cubre un negro velo,
Ni el día tiene esplendor,
No hay matices, no hay colores,
Ya no hay plantas, ya no hay flores,
Ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza,
Que ofrece la naturaleza,

La que al mundo adorna y viste;
 Todo es noche, noche triste
 De confusión y pavor.
 Doquier miro, doquier piso
 Nada encuentro y no diviso
 Más que lobreguez y horror.

Pobre ciega desgraciada,
 Flor en su abril marchitada,
 ¿Qué soy yo sobre la tierra?
 Arca de tristeza encierra
 Su más tremendo amargor:
 Y mi corazón enjuto,
 Cubierto de negro luto,
 Es el trono del dolor.

En mitad de su carrera
 Y cuando más lucente era
 De mi vida el astro hermoso,
 En eclipse tenebroso
 Por siempre se oscureció.
 De mi juventud lozana
 La primavera temprana
 En invierno se trocó.

Mil placeres halagüefes,
 Bellos días y risueños
 El porvenir me pintaba
 Y seductor se mostraba,
 Por un prisma encantador.
 Las ilusiones volaron
 Y en mi alma sólo quedaron,
 La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
 Que se mira condenado
 En su juventud florida
 A pasar toda su vida
 En una herrenda prisión:
 Tal me veo, de igual suerte,
 Sólo espero que la muerte
 De mí tendrá compasión.

Agotada mi esperanza
 Ya ningún remedio alcanza,
 Ni una sombra de delicia
 A mi existencia acaricia;
 Mis goces son el sufrir:
 Y en medio de esta desdicha
 Sólo me queda una dicha,
 Y es la dicha de morir.

Estos versos, leídos y releídos en todos los círculos de la capital, produjeron más efecto que el que podría esperarse. Muy pocos conocían personalmente a la ciega y los que ignoraban su existencia, ya la habían puesto en olvido. Otros habían visto alguna vez entrar al templo de Santa Teresa, con paso corto e inseguro, a una joven que se apoyaba en el brazo de un joven, y asistir ambos a los oficios divinos. La generalidad se apresuraba a preguntar quién era este cisne misterioso que desde su lóbrego nido daba al aire tan sentido acento. Y todos la compadecieron.

Pocos días después aparecieron en el "Eco de la Opinión" estos versos de Don Manuel José Cortés:

A la señorita María Josefa Mujía, autora de "La Ciega".

Privó a tus ojos de la lumbre hermosa
 Del luminar del día, airado el Cielo:
 De noche larga, triste y tenebrosa
 Extendióse en tu vida el denso velo.

Pero dentro de ti, claro, sereno
 El sol del genio brilla refulgente:
 Su luz alumbró de portentos lleno
 Un nuevo mundo que creó tu mente.

Marchitas a esa luz vemos las flores
 Que tu vida adornaron algún día:
 A esa luz contemplamos tus dolores,
 Tu pena solitaria y tu agonía.

¡Ay! no lamentes, no, tu dura suerte:
 Homero en lobreguez vivió sumido;
 En negra oscuridad hirió la muerte
 Al vate que el Edén lloró perdido.

¡Qué vieras ¡ay! en este triste mundo
Más que rostros ajados de quebranto,
Disgustos, soledad, dolor profundo,
O al mentido placer según el llanto.

Cubriendo de crespón la hermosa frente
Las hijas de Jesús huellan el suelo;
¡Tú más feliz...! El ser Omnipotente
Puso entre ti y el mundo opaco velo.

La ciega tuvo que vencer su natural modestia y dio a estos versos la siguiente contestación en un periódico:

Al señor Manuel José Cortés:

Privó a mis ojos de la luz del día
Por horrible decreto arado el cielo;
Y sumió el alma en triste desconsuelo
Quitándole el placer y la alegría.

Y sólo mi corazón me ha dado en pago
Tierno, sensible, de pesares lleno,
Y ha derramado pródigo en mi seno
Amargas penas y dolor aciago.

Los días de mi bella primavera
Cubrió de espinas y de secas flores,
Y una existencia envuelta en mil dolores
Es el don que del cielo recibiera.

Cual planta solitaria en seca arena,
Lánguida, sin vigor, sin lozanía,
Pasó la vida en cruel, lenta agonía.
Sintiendo del vivir la dura pena.

Cual rosa que en pedazos convertida
Es por la furia del granizo crudo;
Cual débil caña que al chocar sañudo
Del terrible huracán es abatida:

El destino fatal así ha tronchado
De mi esperanza el árbol y ventura,
Y con ceño implacable y mano dura
Las flores de mi edad ha destrozado.

Por fin, la suerte Impía me condena
Vivir luchando así, con desventuras,
Y mi vida es un sueño de amarguras
Que el alma tiene de congojas llena.

En medio de mis tormentos
Escucho tiernos acentos
Que han calmado mi aflicción.
¿Son los ecos de una lira!
Se ensancha, late y suspira
Mi oprimido corazón.

¿Será un vate de Helicon?
Es un amigo que entona
Una sublime canción.
Con su grata melodía
Ha sentido la alegría
Mi oprimido corazón.

He hechizado mis sentidos
Y hecho cesar mis gemidos
Su armonioso y dulce son,
Ha calmado mi amargura,
Es un remedio que cura
mi abatido corazón.

A semejanza del señor Cortés, otros vates dirigieron sus versos a la ciega poetisa, y entre éstos vamos a copiar unos que publicó anónimos D. Manuel José Továr, como asimismo la respuesta que recibieron.

A la Srta. María Josefa Mujía

¿Por qué tus ojos velados dejó
Implacable el destino,
Y sin compasión previno
Sufrieras tanto dolor?
¿Por qué al lucir de tu aurora
Los primeros resplandores,
Se marchitaron tus flores
Y se perdió tu color?

¿Por qué, si ángel a este suelo
Bajaste de las alturas,

Destilas las amarguras
 De un transido corazón;
 Y dejas pasar cual viento,
 Destructor de los desiertos
 Los armoniosos conciertos
 De la tierna inspiración?

He sentido tus pesares
 A la voz de tu amargura,
 Y ha fingido tu hermosura
 Cual del ángel divinal
 Tu tez debe ser rosada,
 Debe ser blanco tu allento
 Cuando das tu sentimiento
 Con esa voz inmortal.

Tú sin duda desde el cielo
 Bajaste como una estrella,
 La más escogida y bella,
 Un mundo para alumbrar,
 Puso Dios una corona
 De perlas sobre tu frente,
 Y te ofreció tiernamente
 Un plectro para cantar.

Canta, paloma escondida,
 No flores, no, la amargura,
 Que si no ves la hermosura
 Ni puedes un mundo ver,
 Mil mundos resplandecientes
 Te ofrece la fantasía:
 En él tienes claro un día
 Y miras un sol nacer.

Tienes un ancho horizonte
 Para ti sola extendido,
 De noche un mar encendido,
 Astros que el hombre no ve;
 Praderas inmensurables
 Que tu vista interna halagan,
 Perfumes que te embriagan
 De las montañas al pie.

Canta, que de tus pesares
 El ronco son, es el viento

Que desborda turbulento
Tronchando yerbas y flor;
Y es rayo que se descuelga
Desde la nublada esfera,
El fuego que reverbera
En tu angustiado interior.

Cuando lloras, es tu llanto
Del cielo lluvia serena.
Tu pecho pradera amena.
Tu corazón matutinal;
Y si alguna vez te mece
Una esperanza divina.
Es la estrella matutina
Que brilla sobre tu mal.

Canta, paloma del valle.
Esa inspiración divina.
Canta, que tu voz inclina
El dolor a desechar;
Que Dios puso una corona
De perlas sobre tu frente.
Y te ofreció tiernamente
Un plectro para cantar.

Respuesta a la poesía anónima.

¿Quién eres; cantor sublime
Cuya dulce melodía
Ha hechizado el alma mía
En indecible placer?
¿Qué ruseñor misterioso
Con voz de armonía llena
A mi solitaria pena
Ha sabido responder?

Escuchaste mis gemidos
Que a tu oído llevó el viento.
Y mi dolorido acento
Te ha enternecido tal vez;
Y alta en tu mente inflamada
Cual ángel me pintas pura,
Y has fingido mi hermosura
En mi aliento y en mi tez.

Mas, mira mi triste imagen
 En una cándida rosa,
 Que aun lozana destroza
 El huracán bramador.
 Son puros, sí, mis suspiros
 Y puro y blando mi aliento,
 Porque mi pecho está exento
 Del dardo impuro del amor.

No soy expatriado arcángel
 Sino una débil criatura.
 No soy expatriado arcángel
 Condenada a la amargura,
 Cuyo destino es sufrir.
 Canto y lloro mis pesares
 Al son de mi triste lira,
 Siento que el alma respira
 Así en cantar y en gemir.

De espinas una corona
 Puso Dios sobre mi frente
 Y me ordenó tiernamente
 A que abrazara la cruz.
 Y luego... sobre mis ojos
 Puso un negro y denso velo
 Y dijo "Sigue en el suelo
 Tú las huellas de Jesús".

Mas, entre la oscura niobia
 De aquesta noche sombría,
 Díome una lumbré que guía
 Mi débil e incierto pie.
 Díome un consolador faro,
 El que a mi mente ilumina
 Con celeste luz divina.
 Y aqúeste faro es la fe.

Y es verdad que ésta me muestra
 Con sus rayos inmortales
 Otros mundos celestiales
 Que halagan mi corazón;
 Faro augusto y misterioso,
 que a su luz resplandeciente
 El hombre en su interior siente
 La divina inspiración.

Y fue natural que otras líras vibrasen en triste y armonioso concierto con la de la ciega. Esta con todo lo que la rodeaba, joven bella, pura, sumida en soledad y negra noche, atribulada todavía más por la pérdida de algunos seres amados, y siempre llena de humilde resignación y de vida intelectual, encerraba todo lo que tiene de bello y sublime el dolor: era un manantial de poesía y de inspiración. A ella se le podía decir con el poeta Inglés: "Tu fe constante y la entereza de tu espíritu se parecen a las palmeras del desierto que triunfan del huracán; y tu melancolía es bella, así como son bellos los pálidos reflejos que dejan en el crepúsculo los rayos postrimeros del sol".

Algunos meses después el gobierno de Bolivia convocó a un concurso literario, ofreciendo una gran medalla de oro al autor de la mejor inscripción para la tumba de Simón Bolívar. A este certamen que tuvo lugar en Sucre el 6 de agosto de 1853, concurrió la señorita Mujía a instancia de sus amigos y hermanos con el siguiente soneto, que, si bien no alcanzó el premio, merece no obstante citarse por ser uno de los pocos rasgos entusiastas que ha producido su enlutada líra:

Aquí reposa el inclito guerrero:
Bolivia triste y huérfana en el mundo,
Llora a su padre con dolor profundo,
Libertador de un hemisferio entero.

Al resplandor de su invencible acero,
Cayó el León de Iberia moribundo;
Nació la Libertad, árbol fecundo,
Al eco de su voz temible y fiero.

De los soberbios Andes el coloso
Yace en la tumba, más su ilustre nombre,
Grande cual ellos, Inmortal, glorioso.

Honra a la historia y enaltece al hombre,
¡Bolívar! genio de eterna memoria,
Nombre que dice: ¡Libertad y gloria!

Como lo había dicho ella misma en otra composición, de la cual vamos a ofrecer un fragmento entero:

Yo no puedo cantar ni los placeres,
La gloria, ni el amor, ni la belleza,
Que ardientes sentimientos y grandeza
De ideas, pide excelsos seres.

De esta mansión de luto y de quebranto,
Noche oscura sin luna y sin estrellas,
No pueden, no, salir creaciones bellas,
Ni brillar de la lira el fuego santo.

Cuando la inspiración mi mente embriaga
El llanto acerbo que mi pena brea
Sobre mi lira cae gota a gota
Y en ella luego el entusiasmo apaga.

¡Un día de sol, de vida quiero!
Y este caudal inmenso de mi alma
Romperá impetuoso al nudo y calma
Que hoy le oprime y sujeta en su venero.

Lumbre dad a mis ojos, Dios clemente,
No más que una mañana en primavera;
A mi madre, o una flor, o una pradera
Veré: la luz no basta de la mente.

Y cantaré tu grandeza,
Tu poder y tu bondad;
Conservaré mi pureza
Con religiosa piedad.

Y cuidaré a mis hermanos,
Y en la mañana y en la tarde
Rezaré. De los mundanos
Placeres no haré tarde.

Y viviré entre las flores,
A el alba despertaré,
Y a los pájaros cantores
Con mi lira seguiré.

Cuán blanca estará la luna
Cual contaré con sonrisa
Las estrellas una a una
Y me halagará la brisa.

Cuánta será mi ventura
Entonces y mi placer
Al contemplar a natura
Y el fin de mi pena ver.

Triste, muy triste y desesperante debe ser esa vida de tinieblas. Al recordar las bellezas de la creación, al oír el eco de las personas queridas, y cuando se tiene un alma sedienta de impresiones y que necesita de objetos e imágenes para dominar y crear, pensamos que será atroz esa lucha entre el deseo ardiente de ver y la amarga realidad de no ver nada. En algunas de las estrofas anteriores han creído algunos oír este grito de angustia suprema, que no se debe confundir sin embargo con los violentos e irónicos sonos de la desesperación y el despecho. La señorita Mujía tiene fe y espera:

Entre las sombras de esta opaca niebla
Tú eres, Fe Santa, tú mi sol y guía,
Tú luz sagrada, clara y refulgente
Brilla en mi mente.

Bálsamo suave que los males cura,
Seguro asilo do el corazón tiene
La paz y calma, donde el sufrimiento
Hable contento:

Tú haces nacer en mi alma la esperanza
De una región eterna y de ventura,
Y que será del alma resignada
Dulce morada.

El hombre recibe por lo regular como una vana receta las palabras de consuelo que le dirigen aquellos que no han saboreado el infortunio ni sentido en su corazón la congoja ni el abatimiento; y por el contrario siente un alivio indefinible, un calmante suave y dulcísimo que alcanza las más de las veces a mitigar el martirio interior del alma, si es un desgraciado quien le consuela. No es, pues, extraño que algunos hayan ido a depositar sus amarguras en la pobre ciega; y ella entonces, no satisfecha de haber con admirable entereza alcanzado para sí una cristiana y sublime resignación, ha sabido también res-

ponder a los lejanos lamentos tratando de dar un lenitivo a las penas que los causan. ¡De cuánta abnegación está impregnado este bálsamo que derrama el dolor sobre el dolor!

Miré mi porvenir bello, halagüeño,
Grata ilusión deshecha en un instante,
Cual débil lumbre de meteoro errante,
Cual sombra vana de engañoso sueño.

Si no halagan ni vista un claro día
Del astro lumínar los resplandores,
Encuentra el alma mía en sus dolores

Consuelo en la amistad y en la poesía.
Si tú sufres también, si la amargura
Vertió en tu corazón su hiel y luto,
No llores, no, que aqueste es el tributo
Que exige del mortal la suerte dura.

Canta, que el genio divino te inspira,
Y es dulce bien te concede el cielo;
Alivia tu pesar y desconsuelo
Con los acentos tiernos de tu lira.

Y en otra ocasión al señor Y..... B.....

No lloremos la amargura
De nuestros míseros días.
Ya vendrán las alegrías
Y la calma al corazón.

Esa mano soberana
Siempre nos trae consigo
A ti y a mí, caro amigo,
Alegrémonos los dos.

Sigamos la bella senda,
Aunque esté de espinas llena,
Sin pensar, tedio, ni pena...
Vamos... que voy en tu pos.

En 1854 murió Augusto. Después de este suceso la ciega ha guardado por mucho tiempo un profundo silencio. Nos

servimos de la lira para expresar todos nuestros afectos y toda clase de sentimientos placenteros y tristes, "a excepción, dice Lamartine, del dolor extremo que corta las cuerdas del instrumento, y que nos arranca un grito inarticulado, grito que no es ni prosa ni verso, ni cañito ni palabra, sino el ruido que hace el corazón al destrozarse".

Desde fines del año pasado hasta el presente ha escrito nuestra poetisa dieciocho composiciones, la mayor parte sobre asuntos religiosos y el resto para álbumes. En todas se nota ya un gran fondo de resignación; a veces respiran contento. Algunas de las primeras son traducciones e imitaciones del italiano; la de los álbumes adolecen del defecto común a los de su clase. La señorita Mujía ha descrito los afanes en que ponen los álbumes a los poetas, y sus versos parece que llevan el sello de la experiencia propia. Aun a trueque de alargar este artículo vamos a insertar su composición por ser ella de un género aparte al de todas las demás.

EL POETA APURADO

Puesta la mano en la frente,
Pensativo y silencioso
Se paseaba presuroso
El poeta D. Clemente.

Luego habló a solas consigo
Entre sonrisa y despecho,
Dando un desahogo a su pecho
Como hablando con su amigo.

"Maldita la moda de hoy!"
Dijo tirando un papel,
¿Habrás trance más cruel
Como el apuro en que estoy?

"Veintidós álbums ya son
Los que están en mi poder
Y debo en ellos poner
Alguna composición.

"Ahora es oye a dama toda
(Y este es uso bien moderno)
Pedir un verso muy tierno
O una frenética oda:

"Un verso (dice Martina)
Para mi álbum, D. Clemente,
Creando que elogio ardiente
Su fealdad peregrina.

"Aplaudir tengo en Teresa,
Las virtudes que no tiene
También de la torta Irene
Pintar gracias y belleza.

"¿Y cómo decir a Inés
Con afectuosa ternura
Que es de un alma bella y pura
Si todo al contrario es?

"Tengo que llamar a Rosa,
Siendo de avanzada edad,
Joven de rara beldad.
Gentil, lozana y hermosa.

"Debo hacerme enamorado
De Camila y de sus sales
Cuando todos sus modales
Me causan odios y enfado.

"¿Cómo elogiar la amistad
De Ana, y su buen corazón,
Siendo perfidia y traición
Y abrigo de la maldad?

"Ponerme en tal compromiso!
¡Yo tenerlas que ofrecer!
¡Que a súplicas de mujer
Siempre ceder sea preciso!

"¡Eh bien! Vamos a escribir
Mentiras como poeta,
Y todo el que a tal se meta
Siempre tiene que sentir".

Hablando así se sentó
A su bufete Clemente;
Largos versos cortesmente
En los albums despachó.

Tenemos una colección de cuarenta composiciones de la señorita Mujía. Sólo cuatro o cinco han visto la luz pública; las demás permanecen inéditas y son conocidas únicamente en el círculo de familia y de los amigos. A su tiempo vendrá la crítica que las analizará y juzgará, decidiendo si la señorita Mujía merece en efecto ocupar un lugar distinguido entre los bardos bolivianos, o si ella y sus versos pasarán solamente, según algunos piensan, como una anécdota más o menos interesante de literatura boliviana.

Tal vez nos demos lugar en lo sucesivo para hablar de los señores Blanco, Bustamante, Calvo, Cortés, Galindo, Ramallo y otros poetas bolivianos; y lo haremos como al presente sin pretensiones de ningún género, sin adelantar el menor juicio sobre ellos, y limitándonos únicamente a trazar algunos rasgos biográficos y copiar aquellas composiciones o fragmentos que, en nuestro humilde criterio les den mejor a conocer. Creemos que este trabajo debe preceder necesariamente a la crítica, la cual marchando en seguida sobre terreno conocido, podrá entonces ejercitarse con ventajas y ser útil a los amantes de la literatura americana.

Santiago, septiembre 28 de 1858.

NOTA. — Publicado en Revista del Pacífico, Vol. I, Valparaíso, 1858.